

pero la curia había ido demasiado allá en la pendiente para que pudiera retroceder, y Manfredo no obtuvo sino una humillante negativa, y entonces ya no podía caberle duda acerca del resultado definitivo de la lucha que se le obligaba a sostener. Antes, según parece, no había previsto que la lucha pudiese comenzar tan pronto, y después vio que para nada podía confiar en los magnates de su reino. El importante puente que atraviesa el Garellano cerca de Ceperano había caído, por culpa de su propio cuñado el conde Ricardo de Caserta, en poder del enemigo, sin luchar y en circunstancias que hacían sospechar por lo menos una traición. A tan desastroso principio correspondió lo demás: la mayoría de las ciudades y de los castillos abrieron sus puertas a los franceses, y si en algunos puntos quiso intentarse una resistencia, esta fue prontamente vencida por la superioridad de



Caballero francés del siglo XIII.
Sello de Juan de Corbeil (Archivo nacional de París)

fuerzas. Impresionados por estos triunfos del enemigo, los magnates se separaron, cada día en mayor número, de Manfredo, para salvar su situación y sus bienes pasándose al enemigo.

A consecuencia de esto, Manfredo huyó de Capua, donde al principio se había establecido, y se dirigió a Benevento. En las cercanías de esta ciudad, en el valle del Calore, situó su ejército en orden de batalla para trabar el combate decisivo. Decidido a dar el ataque, dirigióse al encuentro de Carlos de Anjou, cuando este con sus tropas, extenuadas por las fatigas de una marcha al través de montañas en pleno invierno, comenzaba a descender de los montes dispuesto también a combatir, pues la situación crítica en que se encontraba por falta de víveres y sin esperanzas de recibir refuerzos, no le dejaba otro medio. Por esta misma razón pudo parecer conveniente a Manfredo aplazar por algunos días la batalla definitiva: de esta suerte, sus contingentes, que se encontraban más hacia el Sur, tenían tiempo de unirse a él, y su sobrino, Conrado de Antioquía, podía desde los Abruzzos atacar por la espalda al enemigo, que con su precipitada marcha se le había escapado. Algunos caudillos aconsejaron, pues, que se aplazara la lucha, pero Manfredo ya no era dueño de resolver: los inesperados triunfos de los provenzales habían causado profunda impresión en sus propias filas, en las cuales no faltaban muchos que esperaban la ocasión favorable de abandonar una causa perdida. Cualquiera aplazamiento de la lucha hubiera proporcionado un pretexto a los cobardes y traidores, y la perspectiva de un éxito favorable se hubiera presentado cada día más insegura a Manfre-

do. A la sazón, todavía podía esperar, con una ventaja que consiguiera en el primer ímpetu, arrastrar consigo a los elementos sospechosos y derrotar de esta suerte al enemigo, derrota que, dada la situación de este, hubiera traído como consecuencia necesaria su completo exterminio. La urgencia del ataque se fundaba en la probada lealtad de los soldados árabes de Manfredo, los cuales, lo propio que sus camaradas alemanes, no podían elegir más que entre la victoria o una muerte honrosa en el campo de batalla.

El día 26 de febrero de 1266 trabóse en la llanura que se extiende al oeste de Benevento, al otro lado del Calore, la batalla que debía decidir de la suerte de Sicilia y de su rey nacional. Después de haber pasado Manfredo el río que de sus enemigos le separaba, lanzáronse los sarracenos en impetuoso ataque sobre el adversario, antes de que se les diera orden de hacerlo, y arrollaron a la infantería francesa; pero luego fueron rechazados por la caballería de Carlos de Anjou. Un enérgico ataque de la caballería alemana volvió a equilibrar el combate: Carlos se lanzó con ímpetu sobre aquella caballería, y muy pronto sus tropas escogidas, provenzales, franceses y florentinos, lucharon cuerpo a cuerpo con los alemanes. Manfredo se lanzó también a su vez en medio del combate, que debía decidir de la suerte de la jornada. Los alemanes no estaban, sin embargo, a la altura de la excelente escuela de equitación francesa. Los sables y las lanzas de los franceses sembraban la muerte entre los caballos alemanes y arrojaban al suelo a los jinetes cubiertos de pesadas corazas, los cuales eran luego rematados por los maceros franceses, que en el ataque iban detrás de la caballería. La derrota de los alemanes fue para los caballeros italianos de Manfredo la señal de la fuga, siendo muchos los que se pasaron entonces al campo enemigo. Manfredo se hizo cargo rápidamente de la situación, y cuando vio caer al suelo el águila de plata que adornaba su yelmo, tuvo por confirmada la suerte que ya había previsto. Entonces buscó la muerte: llevando a su lado al valiente romano Teobaldo Anibaldi se lanzó entre los que con más encarnizamiento peleaban, y muy pronto su caballo, corriendo por la llanura sin jinete, anunció que este no había sobrevivido a su derrota. Al poco rato se vio ceñida al pecho de un francés la banda del rey. El cadáver de este fue encontrado a los dos días desnudo y cubierto de muchas heridas; a su lado yacía también Anibaldi, que le fue fiel hasta la muerte. El vencedor y la potencia que le protegía, y que detrás de él se ocultaba, no acostumbraban a conceder a los héroes caídos, ni siquiera en la muerte, los honores que les correspondían: el cadáver del excomulgado fue enterrado en el camino real, junto al puente del Calore; los franceses pusieron un montón de piedras como único signo del sitio en que descansaban sus restos. Los fanáticos, sin embargo, creyeron que un excomulgado no podía reposar en territorio de la Iglesia, y por esto los huesos de Manfredo fueron desenterrados y nuevamente sepultados, sin ceremonia alguna religiosa, en el valle del Verde, cerca de las fronteras latinas.

Los siguientes días demostraron lo que había que esperar del nuevo señor del país: la infeliz Benevento fue entregada al salvaje afán de robo de las hordas de Carlos de Anjou; desatóse una cruel persecución contra todos los que habían estado en alianza con Manfredo; todos los sospechosos se apresuraron a captarse el favor del vencedor sometiéndose a él ciegamente y ayudándole vilmente a destruir a los vencidos. La infeliz viuda de Manfredo, la joven y hermosa Elena de Epiro, con sus cuatro hijos, fue presa en Trani, desde donde, auxiliada por algunos leales, quiso huir a su patria. Pero engañada por la fingida adhesión del comandante de la plaza, vióse entregada a su enemigo mortal, el cual la hizo

morir después de cinco años de crueles tormentos; sus tres hijos fallecieron también en las horribles cárceles de Nápoles; solo su hija, Beatriz, pudo recobrar la libertad, después de diez y ocho años, gracias a la victoria de sus parientes aragoneses. Análoga suerte cupo a todos los que se habían mantenido fieles a Manfredo, pudiendo considerarse dichos los que murieron en seguida en el cadalso, pues la pronta muerte les ahorró los tormentos de una prisión acompañada de todos los martirios imaginables. Con Carlos de Anjou inauguróse en el reino de Sicilia un régimen de terror sin igual: la férrea dominación de Federico II y las violencias de Enrique VI, que tan terriblemente pintaba la tradición nacional, resultaron pálidas al lado de aquel gobierno. Pronto se sintió la Iglesia atemorizada ante el aliado a quien ella misma había puesto en acción: el papa Clemente IV le echó en cara lo perverso y punible de su sanguinario furor; pero Carlos solo daba oídos al júbilo y a los aplausos con que le

recibió la voluble plebe de Nápoles y puesto en posesión del poder se reía de su antiguo protector, respecto del cual no pensaba proceder con tantos miramientos como en otro tiempo habían procedido los Staufen. A pesar del tratado y del juramento feudal, la Iglesia no consiguió del de Anjou lo que había esperado. Ciertamente Carlos renunció a la dignidad senatorial, pero los romanos supieron conservar su independencia en frente del papa. Desde la jornada de Benevento ejercía Carlos entre los welfos de Toscana y de Lombardía una influencia que inspiraba serios temores a la curia. Pesaba, pues, sobre la Iglesia como una maldición la alianza que había contraído, guiada por su ciego odio a la dinastía Staufen, y de la cual no podía separarse, a pesar de haberse convencido de los perjuicios que había de irrogarle. Carlos, en su craso egoísmo, era inaccesible a todas las advertencias acerca de los peligros que le amenazaban y no hacía caso de las amonestaciones con que Clemente IV le advertía que la



Ceremonia de armar caballero

El príncipe ciñe al joven la espada mientras le ponen las espuelas. La banderola, el escudo y la lanza están ya preparados.
De un manuscrito del siglo XIII (Londres, Museo Británico)

Iglesia se vería al fin obligada a retirarle su protección. Los welfos decían también públicamente que se habían engañado respecto de Carlos de Anjou, cuyo despótico furor rebajaba mucho su causa a los ojos de su propio partido; y cada día era mayor el número de los que, aunque tarde, apreciaban en lo que había valido la dominación de los Staufen y deseaban ardientemente verla restaurada.

Viendo que esta opinión comenzaba a prevalecer entre los italianos, reuniéronse los jefes del partido gibelino y los compañeros de Manfredo que aun vivían, e intentaron secretamente sacudir la tiranía de los provenzales, por todos odiada. Pisa y Siena, entre las ciudades toscanas, y Pádua y Verona, entre las de la Alta Italia, eran absolutamente gibelinas; el partido gibelino se agitaba activamente en la Marca, desde donde las miradas se dirigieron a Conradino, que tan lejos se encontraba. Desde Ferrara y Urbino se le dirigieron las primeras indicaciones para que en fuerza de su derecho hereditario a la corona de Sicilia se presentara como el salvador de la maltratada Italia. Sus adversarios, sobrado confiados, creyeron que estos planes no debían inspirarles temor alguno, y en la embajada que se envió a Conradino no vieron más que una nueva prueba de la locura de los gibelinos. Pero estos eslabones sueltos comenzaron a unirse formando una cadena. En Calabria, bajo la dirección de los parientes de Manfredo, estalló una sublevación que fue apoyada por Pisa, a pesar de todas las amonestaciones pontificias; en Toscana, los gibelinos levantaban la cabeza cada día con mayor confianza, y Florencia se inclinaba

cada vez más a su lado. En la primavera de 1267 se preparó un levantamiento general contra Carlos de Anjou, que no pudo ser contenido por las coléricas intinaciones del amenazado papa. «De la semilla del dragón, decía Clemente IV, ha salido un basilisco cuyo emponzoñado aliento se extiende por toda la Toscana. Por todas partes, hombres impíos, raza de víboras, y enemigos de la Iglesia y del rey Carlos, llevan una vida de crímenes y con falsas relaciones se atraen partidarios en las ciudades y en las aldeas, en las llanuras y en las montañas. Este basilisco es Conradino, el nieto del emperador Federico, maldecido por Dios y condenado por el representante de Dios en la tierra. Los jefes del partido gibelino reunidos en Toscana son los que quieren entronizar al ídolo maldito en lugar del rey Carlos de Sicilia, único legítimo y cuya autoridad ha sido reconocida por la Iglesia.» Estas palabras altisonantes, a pesar de la aparente confianza que respiran, descubren los temores que al papa inspiraba aquel movimiento. Clemente IV, por desprecia-tivo que fuera el tono con que de Conradino hablaba, sabía perfectamente que nadie había tan peligroso como aquel Staufen para él y su protegido y que la piedra que del Norte se desprendía podía destruir la ficticia magnificencia de la monarquía feudal francesa.

Aquel joven que apenas había llegado a la adolescencia y en quien se cifraban las esperanzas de los gibelinos, contaba entonces tan solo quince años; pero su carácter y su circunspección eran muy superiores a su edad, a causa de la influencia que en él ejerció la triste suerte a que había visto conde-

nada su familia. Prematuramente se había hecho Conradino cargo de los deberes que le imponía el descender de la raza, en otro tiempo tan potente y entonces tan humillada, de los Staufen. A pesar de sus pocos años, consideróse llamado a vengar a su abuelo y a su padre y a restaurar el antiguo esplendor de su dinastía. Los muchos fugitivos gibelinos que poco a poco se iban reuniendo a su alrededor robustecían en su ánimo la idea que se había formado respecto de la misión de su vida. Conradino se había encerrado cada día más estrecha y profundamente en este círculo de ideas, que tenía irresistibles atractivos para un joven de elevadas aspiraciones, y parecía capaz de realizar las esperanzas que en él se habían cifrado. Se parecía en algunas cosas a su abuelo; dotado de gran talento, había recibido una instrucción vasta, y era muy aficionado a la poesía, arte que cultivaba con acierto. Su porvenir era nulo en Alemania: entre las tormentas de los últimos años había desaparecido por completo el magnífico patrimonio de su familia; con los pocos castillos y territorios que pudo salvar del naufragio, nada significaba Conradino en frente de los poderosos príncipes territoriales, habiendo sido inútiles los esfuerzos que hizo su tío, el duque Luis de Baviera, para ceñirle la corona alemana. La suerte de su padre y de su tío, los sentimientos y las ideas que había despertado en él, lo desesperado de su situación en Alemania, y el convencimiento de que, como el último de su familia, debía combatir por sus derechos y por su honor, todo esto indicaba a aquel joven precoz, dotado de gran talento y de corazón magnánimo, que su porvenir estaba en Italia. En tal disposición de ánimo, resonó en sus oídos la demanda de auxilio que le dirigía aquel país, maltratado por hordas bárbaras, y que había sido la segunda patria de su dinastía. ¿Podía vacilar ni un instante en acudir al llamamiento? Ciertamente que no, tanto menos cuanto que las noticias fidedignas del Sur se recibían expresaban claramente la indignación general que la soberanía extranjera causaba y la creciente animadversión que a los mismos welfos inspiraba el terrible Carlos de Anjou. Por otra parte, los escritos injuriosos del papa demostraban los temores de que se hallaba poseído y cuán grandes esperanzas de éxito podían cifrarse en la tentativa de los gibelinos por recobrar la independencia. Conradino y sus consejeros íntimos tenían, además, en cuenta el efecto que había de producir en Alemania el buen éxito de la expedición a Italia. A los que le auxiliaban en su empresa Conradino les ofreció de antemano determinadas recompensas, que consignó en documentos para el caso de que llegara a ser rey de romanos. Entre los consejeros del joven Staufen ocupaba el primer lugar su tío Luis de Baviera, en cuya corte de Donawert se había criado, por decirlo así, el niño desde que su madre Isabel contrajo en 1259 segundas nupcias con el conde Meinardo de Gorz, señor del Tirol y de la Carintia, y cuyos cuidados paternales ensalzaba lleno de reconocimiento. A él dejó Conradino, para el caso de morir sin hijos, todas sus posesiones de Alemania y de Italia; además le dió en hipoteca una porción de castillos y territorios con cuyas rentas debía indemnizarse de los gastos que en interés de Conradino había hecho y de los anticipos que había desembolsado para los debidos preparativos. La madre de Conradino y su esposo apoyaron también la empresa, procurando el último serle útil por medio de sus alianzas con los gibelinos de la Alta Italia.

Los contrarios, sin embargo, no se descuidaban: la curia procuró hacer fracasar la empresa de Conradino creando enemigos a sus principales protectores. Con este objeto trabajaban los agentes pontificios cerca de Ricardo de Cornwall, —hermano del rey de Inglaterra que desde 1257 llevaba el título de rey alemán, aunque sin ejercer poder alguno,— y

cerca del ambicioso Ottokar II, rey de Bohemia, a quien Ricardo confió el vicariato del imperio en las comarcas de la derecha del Rhin, dándole atribuciones para atacar arbitrariamente a todos los príncipes partidarios del Staufen. El rey bohemio se vió obligado, sin embargo, después de una lucha sin resultado, a firmar un armisticio con el duque de Baviera, en virtud del cual se aseguró a Conradino, precisamente en el momento decisivo, completa libertad de acción. Hacia tiempo que se había roto el secreto en que estaba envuelta la empresa; en efecto, Conradino había dirigido públicamente un manifiesto a todos los que en Alemania eran partidarios de su dinastía, excitándoles a que le ayudaran con sus fuerzas a reconquistar el reino de sus padres. No era solo el sentimiento del ultraje que en los Staufen se había inferido al nombre alemán lo que indujo a muchos a acompañar a aquel valeroso joven en su expedición a los hermosos territorios del Sur; tampoco les movió el solo nombre de Italia, que a pesar de todas las tristes experiencias, continuaba poseyendo grandes atractivos. Dado el estado de cosas que entonces imperaba en Alemania y dada la situación en que durante la última década se había encontrado la nobleza alemana, especialmente la suabia, que en otro tiempo había representado un papel tan importante, puede decirse que los motivos que indujeron a muchos caballeros alemanes a unirse al último descendiente de los Staufen fueron análogos a los que habían movido a muchos franceses a seguir a Carlos de Anjou. Todos pensaban conseguir su felicidad en el Sur y verse allí establecidos, como lo habían estado muchos palaciegos de la casa Staufen y muchos nobles alemanes en tiempo de Enrique IV y de Federico II. Por lo mismo no había que fiar en tales elementos mas que mientras la fortuna sonriera a los expedicionarios, pues en caso de una derrota era seguro que se apresurarían a abandonar aquella empresa.

En Augsburgo, desde donde sus antepasados habían emprendido su expedición al Sur, reunió sus tropas Conradino y publicó una proclama, en la cual justificaba su empresa como destinada a reivindicar lo que como heredero de Conradino IV le correspondía y le había sido usurpado primero por Manfredo y luego por Carlos de Anjou; a éste se dirigía su ataque, no al obispo de Roma. El manifiesto terminaba diciendo que era injusta la amenaza de excomunión contra él lanzada por Clemente IV y que por lo tanto los príncipes podían interceder cerca del papa en favor suyo y salir a la defensa de sus legítimos derechos. En seguida la expedición se dirigió a las fronteras de Italia, de donde llegaban noticias cada día más satisfactorias que hacían concebir grandes esperanzas. Ciertamente que Carlos de Anjou se había presentado apresuradamente con su ejército en Toscana; pero no había logrado evitar que esta comarca se pasara a los gibelinos, pues las ricas municipalidades, que esperaban llenas de júbilo la llegada del joven Staufen, no quisieron sometersele. Por esta razón no pudo salir al encuentro de Conradino en la Alta Italia, para aniquilarle apenas descendiera de los Alpes, como era su deseo. En la Alta Italia, el movimiento gibelino se hacía cada vez más general por efecto de la infatigable actividad del marqués Palavicini. Carlos de Anjou se veía también seriamente amenazado por la espalda, pues los sarracenos, al tener noticia de la próxima llegada del último vástago de la dinastía que les era tan simpática, empujaron desde Luceria las armas. En toda la Baja Italia era cada vez mayor la excitación contra la intolerable dominación extranjera, y la misma Roma parecía perdida para los welfos, pues los romanos habían conferido la dignidad senatorial al infante Enrique de Castilla, hermano de Alfonso X y antiguo rival de Carlos de Anjou; de suerte que también

allí el poder estaba en manos de los gibelinos, pudiendo esperar Conradino que con la franca adhesión de Roma su empresa adquiriese una ventaja decisiva. La presencia de algunos probados adalides de la causa Staufen, a quienes se unió Fadrique de Castilla, hermano del senador, fué causa de que se desplegara abiertamente, en la isla de Sicilia, la bandera Staufen, siendo proclamado Conradino rey nacional en frente del odiado soberano extranjero. Poseído, pues, de risueñas esperanzas se separó de los suyos Conradino, abrazando en Hohenschwangau por última vez a su madre; y luego emprendió la ascensión del Brennen, viendo cada día engrosar sus filas con nuevos partidarios. Al frente de doce mil hombres hizo, en 21 de octubre de 1267, su entrada en Verona, acompañado, además de muchos condes y nobles, de su tío y paternal consejero el duque Luis de Baviera, de su padre político el conde Meinardo de Gorz, y de su amigo de la infancia, que profesaba sus mismos sentimientos y a quien quería entrañablemente, el duque Federico de Austria, hijo del marqués Hermann de Baden y de Gertrudis, la hija de Federico el Batallador de Austria y de Estiria,—casada en primeras nupcias con el rey de Bohemia,—que en medio de las luchas que a la muerte de su padre estallaron, fué reconocida heredera de Austria por sentencia pontificia, sin haber podido, a pesar de esto, entrar en posesión de sus dominios.

Pero muy pronto el entusiasmo que en un principio animaba a los partidarios de Conradino se trocó en fría desilusión: las noticias que llegaban de los territorios de cuya actitud dependía el éxito de la empresa, eran desfavorables. La enérgica actitud de Carlos de Anjou había logrado producir un cambio en la Toscana, que parecía perdida para su causa. Sin cuidarse de las tentativas de mediación que hizo el papa, y que no tenían más objeto que evitar que Carlos absorbiera el poder por completo, apeló a los recursos que le eran habituales, es decir, a la violencia y al terror por un lado y a la hipócrita dulzura, a las intrigas y al soborno por otro, y consiguió arrojar a los gibelinos de su posición dominante y devolver a los welfos su antiguo poderío. Por otra parte, los nuncios pontificios organizaban en la Alta Italia una gran liga welfa que, conocida con el nombre de «Confederación de la paz y de la fe», tenía su centro en Piacenza, y a la cual se unieron Cremona, Milan, Lodi, Como, Vercelli, Novara, Parma, Reggio, Módena, Brescia, Mantua y Ferrara. Este fué un gran triunfo para la política pontificia, pues separaba la Alta Italia de la influencia no solo de Conradino sino también de Carlos de Anjou, que cada día inspiraba mayor desconfianza, y la ponía bajo su inmediata dirección. Desde entonces, el poderío de los welfos se extendió rápidamente por la Alta Italia; las ciudades que en un principio se oponían a él, viéronse una tras otra obligadas a entrar en la confederación de la paz y de la fe y a servir a la política pontificia. Este cambio se verificó en cada una de aquellas ciudades bajo la presión de los destierros y confiscación de bienes de los adversarios que hasta entonces habían en ellas dominado, creándose nuevas causas de futuras guerras civiles y de revoluciones sangrientas. Tales sucesos comprometieron en extremo la situación de Conradino, el cual, en vez de encontrar amistosa adhesión, se veía amenazado por un poder superior siempre creciente y no recibía las tropas ni el dinero con que había contado y sin los cuales nada podía hacer. Un ataque enérgico de Carlos hubiera entonces hecho fracasar su empresa, y si el de Anjou no lo intentó fué porque el incremento que la rebelión tomaba en el Sur le obligó a salir de Toscana. Conradino, que vió fallidos todos sus cálculos, pasó tres meses en Verona en completa inacción, lo cual no era muy a pro-

pósito para aumentar la consideración ni el entusiasmo de sus tropas. Estas vieron desvanecerse sus esperanzas, y como no tenían ganas de sacrificarse, abandonaron las filas de Conradino y dejaron a este entregado a su propia suerte. De tal manera se disminuyó en aquellos tres meses el ejército de Conradino, que pasado este tiempo apenas pudo disponer de tres mil hombres. A pesar de esto, el joven pretendiente persistió en su empresa y pudo obtener de su rico tío Luis de Baviera, a cambio de nuevas hipotecas, el dinero necesario para pagar a sus soldados descontentos y atender al sostenimiento del ejército. Pavia, única ciudad lombarda que permanecía fiel a la causa gibelina, y la leal Pisa le facilitaron también grandes sumas.

Las noticias de la sublevación sarracena de la Pulla, el levantamiento de Sicilia y la actitud resueltamente gibelina de Roma, aconsejaban obrar sin pérdida de momento; y al fin, a mediados de enero, se decidió Conradino a salir de Verona. De todos los príncipes que hasta entonces le habían seguido, solo le acompañó el leal Federico de Austria, pues los demás, incluso su padre político y su tío, regresaron a su patria, este último recompensado con creces de los sacrificios hechos en pro de la causa que en aquel momento abandonaba con la cesión de toda la herencia del sobrino para el caso de que este falleciera. El día 20 de enero de 1268 entró Conradino en la ciudad amiga de Pavia, siendo recibido en ella con gran júbilo. Esto causó profunda impresión en el ánimo de sus adversarios. El papa, que hasta entonces había creído que la loca empresa de aquel joven, que corría a su perdición, no constituía un peligro grave, comenzó a abrigar serios temores, y aconsejó a Carlos que juntara todas sus fuerzas para poner cerco a Pavia; pero su consejo fué desoído, pues Carlos de Anjou prefirió abandonar por completo la Toscana para dirigirse al Sur, donde se trataba para él de una cuestión de vida ó muerte. A pesar de esto, la situación de Conradino seguía siendo extremadamente crítica: su suerte dependía de que avanzara rápidamente y se presentara entre sus fieles gibelinos de Toscana y a ser posible en la misma Roma. Entonces quizás podría combatir a su enemigo por la espalda, atacándole desde Roma y desde la Pulla. Con sus escasas fuerzas no podía, sin embargo, forzar el paso de las montañas; así es que procuró arbitrar la manera de hacer el viaje por mar, entablando a este efecto con los genoveses negociaciones que no dieron ningún resultado. Con el auxilio del marqués de Carreto, que casado con una hija natural de Federico II permanecía fiel a los gibelinos, consiguió una victoria parcial, pues logró encontrar diez galeras en los dominios del marqués, en Vado, junto a Savona, a donde había llegado con 2,400 hombres. En las embarcaciones, sin embargo, solo podían ir cuatrocientos caballeros, así es que el grueso del ejército de Conradino tuvo que emprender el penoso y largo camino por tierra, a las órdenes del leal Federico de Austria. El día 29 de marzo hizo la escuadrilla de Conradino a la vela, llegando felizmente a las costas toscanas y verificando el día 5 de abril su entrada triunfal en Pisa. Era, sin embargo, preciso aprovechar, sin pérdida de momento, el éxito conseguido; pero Conradino no podía hacer nada hasta que llegara su ejército, con lo cual dejó a Carlos de Anjou tiempo suficiente para preparar una enérgica resistencia en el Sur. Carlos intentó apoderarse de Roma, pero su ataque fué rechazado por el senador Enrique de Castilla con grandes pérdidas para los agresores. Mas ardor en la lucha contra Conradino mostró el provenzal Clemente IV, el cual echó en cara a su aliado, y no sin razón, el que hubiera despreciado sus advertencias y desoído sus consejos de que obrara con energía. El papa renovó la excomunión lanzada